

Hernán Díaz Arrieta
(Alone)

Recuerdos de Omer Emeth



L nombre de Omer Emeth tiene un puesto muy claro en la literatura nacional: es el fundador de la crítica. Eso está a la vista de todos. Antes había, naturalmente, escritores que juzgaban a escritores y algunos que sobresalían más en este género que en otros, como don Pedro N. Cruz; pero no existía el crítico dedicado a la crítica, que hace de ella una función periódica, un magisterio visible.

Don Emilio Vaïsse, con sus artículos publicados regularmente, todos los lunes en «El Mercurio», inauguró ese cargo allá por el año 1906, y será necesario que pase todavía mucho tiempo para que apreciemos en todo su alcance el servicio que prestó a las letras nacionales.

Estos servicios de variada índole obedecen a diversas circunstancias.

Un crítico, desde luego, no puede alcanzar verdadero influjo sobre autores y lectores, en especial entre el vasto público que mira de lejos las cosas literarias, si no trabaja con regularidad y de preferencia en el

mismo sitio, desde un punto de vista definido. Los artículos de crítica ocasionales, aunque revelen mucha ciencia y conciencia, generalmente son o se toman como efectos unas veces de amistad, otras de enemistad, personal; lo que los desautoriza. En esta tierra de suspicacias, la gente se pregunta fácilmente, al ver un juicio ajeno, cuál podrá ser su intención oculta. El crítico oficial queda a cubierto de esa primera sospecha. Además, un crítico es una clave y se necesita aprenderla; muchas veces la opinión adversa de quien sabemos en habitual desacuerdo con nosotros, puede inclinarnos a favor de la obra condenada. Y así el crítico servirá aún cuando debería estorbar. La regularidad continua actúa, además, sobre el crítico mismo, obligándolo a respetar cierta jurisprudencia que sus artículos establecen y que lo sujetan. El crítico esporádico se deja llevar por sus entusiasmos; el otro ha de consultar en cada caso una línea de conducta uniforme y aplicar una misma ley pareja.

En el caso de don Emilio Vaïsse, a estos beneficios intrínsecos se agregaron otros que llamaríamos providenciales, para la fundación de la crítica chilena. Tratábase de un extranjero casi desconocido, sin relaciones con ninguna clase de círculos, y su investidura sacerdotal se compensaba con una independencia de carácter absoluta, palpable y, en cierto sentido, temible. El libro en tela de juicio caía bajo los lentes de Omer Emeth como el insecto bajo el microscopio, sin preconcepto de ataque o defensa, de un modo enteramente ob-

jetivo. Nadie podía sospechar de antemano lo que el crítico diría y nadie dudaba, después, de que había dicho una verdad sincera.

Mas, todo ello nada significaría en la creación del prestigio que la nueva cátedra necesitaba sin la competencia esencial, el enorme bagaje de cultura humanística, la erudición antigua y moderna de proporciones casi fantásticas, que Omer Emeth aportó con su presencia al terreno de las letras nacionales. He ahí la gran sorpresa, el placer y la enseñanza que don Emilio Vaïsse nos trajo, desde el primer momento y lo que le conquistó un lugar único. Su educación eclesiástica, que habría podido constituir un inconveniente en otra persona, reforzaba en él la personalidad del sabio y del justiciero, prestándole ese carácter un poco misterioso que tienen los estudios teológicos, bíblicos, el conocimiento y la práctica del latín, más otras disciplinas intelectuales y morales propias del sacerdote y no muy accesibles al gran público. Es preciso haber conocido la vida literaria en Chile antes de Omer Emeth y después de Omer Emeth para advertir hasta qué altura se levantó rápidamente su autoridad y a qué sectores lejanos se hizo extensiva. Su aparición señala una etapa y marca un límite no sólo entre los entendidos, más o menos profesionales de las letras—que nunca los ha habido completos en el país—sino, principalmente, en la vasta masa lectora, entre la juventud ansiosa de guía y a los ojos de todos los que buscaban y querían aprender. Pronto una leyenda se formó en torno suyo.

Además del latín eclesiástico, Omer Emeth sabía el griego y el hebreo y leía a los clásicos antiguos y a los Padres de la Iglesia en su idioma propio. Profundamente versado en las literaturas modernas, el italiano, el alemán y el inglés dábanle acceso directo a los grandes autores de esas lenguas y no había para qué hablar de cómo dominaba los tesoros literarios de su patria, ni hasta qué punto había conseguido apoderarse del castellano, lengua que manejaba con soltura elegante y una viveza personal de corte galo.

Un sacerdote que, dentro del orden, alza su tienda aparte; un sabio humanista que aplica su ciencia a cuestiones de actualidad; un erudito lo bastante ágil y medurado para descollar en el periodismo; un teólogo y filósofo capaz de sonreír como Anatole France y que cultiva la livianura de la forma; un trabajador, en fin, tan formidablemente dotado para la faena cotidiana y tan desprendido de otros intereses que pasa un cuarto de siglo en el mismo puesto, sin otra ambición que el servicio de la cultura ajena: he ahí, esquemáticamente, lo que se necesitó en Chile para establecer con regularidad y prestigio la función del crítico literario.

Gracias a Omer Emeth, hubo en este país un centro de autoridad literaria permanente al cual convergían, con o sin voluntad, las miradas de todos; y la profesión de escribir, antes considerada un ejercicio fútil, propio de gente ociosa, teñida aun de la bohemia romántica, adquirió carta de ciudadanía y pudo hacerse respetable ante el hombre de la calle, el negociante, el político, el

deportista, el simple mundano, todos aquéllos para quienes la cultura empieza y termina en la lectura del periódico.

Pecaríamos de injustos y sería incompleto este esbozo de la personalidad externa de don Emilio Vaïsse si, al recordar su acción, no rindiéramos homenaje al diario en que la realizó. También aquí hubo alguna intervención de la Providencia. Era allí y no en otra parte donde Omer Emeth podía erguirse, su ubicación central exigía un diario de centro, sin sospecha de sectarismo ideológico o político, serio, estable, contradicción antigua. Mucho dió Omer Emeth a «El Mercurio», entregándole la plenitud de su saber y realzando su prestigio con las singulares dotes de que se hallaba provisto; pero casi no se concibe la difusión que sus artículos alcanzaron sin esa tribuna alta y extensa y sin la libertad omnimoda de que disfrutó tanto tiempo, hasta la hora de su muerte.

Por encima de diferencias accidentales, todos debemos gratitud al escritor extranjero confinado en esta tierra distante, que ennobleció las letras chilenas dándoles elementos que le hacían falta y son esenciales para su lustre; también debemos agradecer a la vieja institución en cuyo seno pudo abrigarse confiadamente, que cimentó su situación material como ninguna otra lo había hecho con nadie en esas condiciones, que supo, en dos oportunidades, cuando el señor Vaïsse partió al extranjero y cuando emprendió el otro viaje largo, ponerlo en el sitio eminente que reclamaban sus méritos, rindiéndole

honores habitualmente reservados a los personajes históricos de la política.

* * *

Hemos hablado de Omer Emeth, gran justiciero y, como se dijo, monarca un tiempo de las letras nacionales.

Ahora acerquémonos a don Emilio, hagamos recuerdos de su vida, evoquemos un poco su figura, su carácter, sus preocupaciones espirituales o domésticas. Será necesario proceder con tacto, porque él aborrecía todo exhibicionismo; pero, hombre de afectos profundos, comprendía siempre la intención sincera de los amigos y su ejemplo nos libraré de curiosidades indiscretas.

Fuera de nuestros recuerdos personales, que datan desde el año 1909, cuando le entregamos nuestro primer libro y le hicimos una visita al Hospital de San Vicente, acompañando a Shade, tenemos para esbozar la silueta íntima de don Emilio Vaïsse, la preciosa colección de sus cartas, especialmente las que nos dirigió desde París.

Era muy distinto Omer Emeth visto de puertas adentro. Quien iba a buscarlo a su casa o a su oficina de «El Mercurio», por lo general tras una consulta, porque no ha habido en Chile consultor semejante, hallaba a un hombre de actitud adusta y palabra breve, visiblemente dispuesto a defender su tiempo, si era preciso con las armas en la mano. Odiaba, por encima de to-

das las cosas a los «lateros», como él gustaba decir, y a los tontos; pero en cuanto veía alguna curiosidad inteligente o elevada, inmediatamente ponía a su servicio los recursos de su sabiduría con un interés apasionado. Juntaba en su temperamento la curiosa alianza de un intelectual, incansable asimilador y ordenador de ideas abstractas y nociones concretas y un individuo de acción, robusto, sólidamente hecho para las batallas prácticas y los esfuerzos materiales, nutrido por esa misma sana savia popular que permitió a Renán aprovechar las economías de pensamiento hechas por sus antepasados.

Tenía una bella cabeza, regular y enérgica, y una contextura robusta, fuerte para la resistencia y el ataque. Nada había en él de las curvas flexibles y de las suaves untuosidades que parecen propias del estado eclesiástico: viril hasta la rudeza, andaba rápida y vigorosamente, más como militar que como clérigo. Alguien se lo hizo notar una vez delante de nosotros. Don Emilio sonrió no sin complacencia. En aquella cara firme y voluntariamente severa, la sonrisa descubría de pronto un fondo infantil, inesperado, lleno de frescura. Dijo que en efecto, así debía de ser, porque ya en el Seminario le reprochaban su paso marcial y cierto «dandinement», como si llevara una espada al cinto.

Sus aficiones eran combativas.

Le gustaba mucho la caza. Nosotros le insistíamos siempre en que escribiera sus memorias. En una de sus cartas de París, refiriéndose a ése que ya tenía acepta-

do como proyecto, rememora el tiempo pasado y se dirige esta pregunta:

«¿Estoy feliz? Este—respóndese—es problema sin
« solución para los hombres que, como yo, han vivido
« y observado mucho en sí propio y en otros. (Hablo
« de vida intelectual, por cierto). En otros tiempos,
« entre 1890 y 1900, yo me sentía feliz cuando en
« Pirque ⁽¹⁾, podía ir de caza con mi perro y gastar
« el «trop plein» de mis fuerzas recorriendo llanos y
« quebradas en busca de perdices». Ese dinamismo físico,
« esa plenitud de vigor material constituye el «substratum»
« de su ser, la substancia primitiva y robusta de
« que el resto se alimentaba y por eso, al pensar en la
« dicha, la primera imagen que se le presenta es la del
« esfuerzo material y el gozoso ejercicio en plena naturaleza.
« La necesidad intelectual, los placeres del cerebro
« vienen después. Agrega a renglón seguido: «Más tarde
« de la felicidad fué otra: el cuerpo, ya algo pesado,
« me invitaba a la inmovilidad. Fué la época de las
« lecturas desenfrenadas. Esa también era felicidad,
« pero no tan plena como la anterior. En seguida
« vieron los 25 años de «El Mercurio», de los cuales
« se puede decir que fueron bona mixta malis.
« Pero eso también fue felicidad, aunque inferior a las
« dos primeras». La gradación es sensible y, al mismo
« tiempo que muestra los elementos de que su sensibili-

(1) Siendo capellán de esa antigua hacienda perteneciente a la familia Concha Subercaseaux.

dad se compone, nos revela la absoluta sencillez de un corazón sin repliegues, que no piensa un momento en «posar» para la galería ni en ofrecerse como espectáculo o modelo.

Esta naturalidad perfecta constituía uno de los grandes atractivos de la amistad de don Emilio. Uno iba a buscar al sabio, al erudito, al lingüista, al historiador de las ideas, al crítico literario, en una palabra, al «averiguador universal» y, junto a aquél, en amable convivencia, encontrábase al hombre más llano y afectuoso del mundo, que a propósito de una epístola de San Pablo se refería a los trabajos manuales y mostraba un mueble que había hecho personalmente y del que estaba tan orgulloso como de un buen artículo, o de un hallazgo bibliográfico.

Su amor a la naturaleza extendíase particularmente a esos representantes suyos que son los perros y los gatos. Nunca le faltaba a don Emilio una buena colección de estos animales, y uno de ellos, Kim, perrito lanudo y blanco, lo acompañó en su viaje a Europa y regresó con él. Desde allá, Kim, a semejanza de otros célebres ejemplares de su raza, escribió a Chile una carta. Don Emilio nos da la noticia: «... si veo
« a don O.—dice—le daré la mala noticia de la trágica muerte de Djin (un perrito de una amiga nuestra). Sobre este triste acontecimiento, mi Kim escribió ayer una carta de pésame a la señorita L.
« Usted sin duda la verá. Kim es ahora, merced a un
« veterinario inteligente, un maravilloso perrito que ex-

« cita la admiración y envidia de cuantos lo ven. Es un
« encanto. En este momento está durmiendo en una si-
« lla en mi escritorio. Parece un enorme copo de nie-
« ve sobre un fondo rojo. Si no tuviera tanto motivo
« para acordarme de Chile, él me bastaría. El se
« acuerda también. Prueba de ello: basta nombrarle
« una gatita que yo tenía en casa. Inmediatamente se
« levanta y la busca en todas partes. Entiendo que, no
« encontrándola, se entristece. Sube de nuevo al sillón
« y se deja caer descorazonado». Hemos de recordar
siempre una conversación de don Emilio a propósito de
política francesa y de cuestiones eclesiásticas interna-
cionales. Un perro tuvo la mala idea de trepársele a
la falda. Don Emilio empezó a acariciarlo; pero lo ha-
cía maquinalmente, absorto y vibrante por el tema de
la charla. Mientras no se trató sino de asuntos super-
ficiales, la cosa anduvo más o menos bien y el perrito
miraba a su amo con ojos cariñosos. Mas luego los pro-
blemas fueron encrespándose y la energía de las cari-
cias se acentuó con exceso. El animal empezó a cobrar
susto. Cuando se llegó al punto vital, es decir, al Pa-
pa, las fricciones del lomo adquirieron tal rapidez y
violencia, que el can aterrado optó por escaparse de un
salto.

La población canina y gatuna de la casa de don
Emilio se renovaba incesantemente. En su última en-
fermedad dos gatitos nuevos le daban fiestas sobre el
lecho, jugueteando entre sí.—Créame usted, es una ver-
dadera comedia la que me hacen—decía don Emilio

sonriendo. Cuando están cansados, se me acuestan aquí sobre el pecho, buscando el calorcito, se recogen y se duermen. Y como yo, para no despertarlos, me quedo inmóvil, a veces nos dormimos los tres.

La sociedad de estos seres humildes y sin complicación, compensaba a don Emilio los disgustos que solían proporcionarle con abundancia otros, que se llaman, orgullosamente, racionales. Contra ellos brotaban, en su charla, y quedan en su correspondencia estallidos que no siempre se pueden reproducir, pero que, a veces, sirven de lección y cauterio. Comentando algunas reflexiones nuestras sobre política de actualidad, que no eran ni podían ser optimistas—trátase del año 1930—nos dice desde París don Emilio: «Comprendo, mi « querido amigo, su escepticismo en política. Si usted « viviera aquí se volvería más escéptico aun, pues du- « do que jamás hayan sido más indignos de confianza « los gobernantes franceses. En este momento funciona « un comité parlamentario encargado de investigar la « moralidad de diputados y senadores en sus relaciones « con los Bancos. Las cosas que por ahí salen después « de destapada la ollita son colosales para los «naïfs» « para usted y yo son lo más natural del mundo. ¡Po- « lítica! Eso nos autorizaría para establecer la ecuación. « Política = Explotación de cuarenta millones « de hombres por cuarenta mil radicales con el bene- « plácito o tolerancia de diez o doce millones de imbé- « ciles llamados electores. El escepticismo es obliga- « torio en tal caso». Si la política de su patria tenía la

virtud de exasperarlo con frecuencia y todos conocen los arranques de don Emilio cuando se tocada ese punto, la política chilena, vista desde el extranjero, solía enfermarlo. En carta de 17 de junio de 1932, nos dice: «Querido amigo, perdone mi tardanza en escribir-
« le y sobre todo no la atribuya a desidia, indeferen-
« cia o ingratitud. No hay tal. Mi silencio es efecto
« de la neurastenia en que el desorden político chileno
« me tiene sumido. Cuando llegó acá la noticia de la
« revolución Grove-Dávila-Matte, me enfermé de pe-
« na, ira y desesperación. En tal estado de alma no po-
« día escribir y no escribí. Usted calculará cómo esta-
« ría mi espíritu cuando leía en los telegramas de «Le
« Temps» las noticias relativas a las innovaciones so-
« cialistas y comunistas, a los atropellos de la Guardia
« Roja, a las visitas de los emisarios policiales en ca-
« sas particulares, Bancos y joyerías, etc. Pero nunca
« fué mayor mi indignación que el pasado miércoles.
« Llegué al diario «L'Action Francaise» y ahí un
« conferencista que recorre el país haciendo campaña
« contra el socialismo y comunismo, me detuvo en el
« hall para decirme: «Lea usted «L'Ami du Peuple».
« Hay sobre Chile una noticia muy buena. Un com-
« ble, Monsieur l'abbé ¡Une perle! ¡Y la
« perla era que el ministro comunista de Obras Públi-
« cas de Chile, siendo analfabeto, firmaba sus decretos
« imprimiendo en ellos su dedo pulgar! Casi me enojé
« con aquel caballero. Sus carcajadas me cargaban,
« pero, en efecto, «L'Ami du Peuple» no había hecho

« sino traducir del inglés una noticia transmitida de Buenos Aires por un corresponsal inglés recién llegado de Santiago. ¡Qué horror! ¡Calcule usted la impresión que aquello habrá hecho en el público!... ».

No terminaríamos si continuáramos reproduciendo párrafos de las cartas de don Emilio que pintan su carácter.

Adusto en presencia de extraños y hasta previamente agresivo para defenderse de « los lateros y los tontos », seco e irónico al escribir o, a lo sumo, lógicamente enfadado contra los absurdos, en la intimidad de la correspondencia epistolar, más aún que personalmente y cara a cara, descubría el afecto y la ternura, la vehemencia apasionada y vibrante que formaban el fondo verdadero de su corazón y que velaba por un movimiento de dignidad viril.

Recordamos que, hace muchos años, nos lo había hecho notar una grande amiga suya a quien él recordaba siempre, y que fué el primer lazo de unión entre nosotros y don Emilio. Cuando él decía « nuestra amiga » sabíamos ya que se refería a Shade. Omer Emeth le escribía a menudo. Ella decía: — « ¡No conocen ni conocerán nunca a este hombre los que no hayan leído sus cartas! ».

Alguna vez sus amigos deberán recopilarlas. Sólo entonces tendremos la fisonomía íntima y verdadera del que ante el público pasaba como hecho únicamente de libros y sabiduría. Un buen epistolario de don Emilio Vaïsse, con sus índices correspondientes—¡ah, en eso

habrá que ser inflexible!—y una sobria noticia de su vida, escrita según recuerdos fieles y documentos fidedignos, será el mejor homenaje a su memoria y la introducción más útil a las obras completas de Omer Emeth.